

LAUDATIO EN CONCESIÓN DEL XVII DRAGO DE ORO
A D. IGNACIO MORENO APARICIO

Con la venia, Presidente

Excmas autoridades, y saludando especialmente a los Excmos. Sres diputados provinciales y al Ilmo y Mgfc. Sr Rector, estimados ateneístas, amigos todos,

Al recibir la invitación a realizar la *Laudatio* de D. Ignacio Moreno Aparicio, no puedo negar que opuse cierta resistencia por una razón que consideraba evidente: no podía ser objetivo. Traté de oponer varias excusas tan convincentes como la inevitable subjetividad en la descripción de los méritos del premiado y que no daría a este acto el nivel riguroso y de prestigio que la ocasión requería. Y lo digo con toda sinceridad, no me creo capaz de desempeñar el encargo con la altura necesaria pero sí trataré de poner mi mejor voluntad en el empeño. Así pues, por anticipado va la *excusatio non petita* que confirma que no voy a ser nada objetivo aunque por razones laborales yo no pude estar presente en el jurado que decidió por unanimidad conceder el XVII (décimo séptimo) Drago de Oro a Ignacio Moreno. Avisados quedan. Y siempre es de aplicación la sabiduría de Baltasar Gracián que decía: “Cada uno muestra lo que es en los amigos que tiene”. Después de hoy, quizás D. Ignacio me retire de su lista de amistades como prueba de su buen criterio.

Antes de entrar en las virtudes y cualidades del premiado, creo necesario recordar -aunque sea brevemente- cuál es el sentido de este premio que el Ateneo Literario, Artístico y Científico de Cádiz considera como su mayor galardón a cualquier persona física o jurídica, como fue el caso de la Universidad de Cádiz, y su criterio para concederlo.

El Drago de Oro simboliza con sus dos elementos, el árbol y el metal precioso, la unión de los valores mitológicos y significados adjudicados a la savia del árbol *Dracaena Draco* y la mayor consideración que se entiende de su recubrimiento aurífero. Dicho con otras palabras, el Drago reúne las condiciones de la sabiduría, la historia, la resistencia, la protección de sus raíces expandiendo sus brazos y la paz que otorga su visión. No me voy a remontar al jardín de las Hespérides ni al gigante Gerión, ni voy a discutir la clasificación de Linneo o las clases de drago que conocemos además de los que se han ido sucediendo en nuestra facultad de Medicina, en el emblema de la Universidad gaditana o en los diferentes jardines de la ciudad. Quiero subrayar algo

más sencillo, el drago nos muestra: sabiduría natural para vencer las adversidades, resistencia y experiencia. Vamos a quedarnos en esas tres palabras: sabiduría, resistencia y experiencia. Respecto al oro, poco más que decir que no sabemos, salvo su alta estima como algo muy valioso y útil para construir elementos precisos y de larga vida. Sumando pues los dos elementos, creo que ya tenemos una idea aproximada de la razón por la cual el Ateneo, uniendo arte, literatura y ciencia, supo dar forma a un galardón que reuniese los principios que quiere premiar a través de esta insignia.

Como bien saben, los premiados anteriormente han sido perfiles muy diferentes: Mayte Pagazartundua, Bernat Soria, la UCA, Javier Anso, Adolfo Suárez, Diario de Cádiz, Radio Cádiz, Foro Debate Cádiz 2012, Carlos Díaz Medina, José Ramón Pérez Díaz-Alersi, Pedro Miguel Lamet, S.M. Reina Sofía, Mariano Barbacid y hoy Ignacio Moreno Aparicio. Los premiados casi siempre han tenido alguna vinculación especial con Cádiz. En definitiva, todos han contribuido de alguna manera -directa o indirectamente- a mejorar la vida gaditana, lo cual es una cualidad implícita que los premiados deben incorporar, a su bagaje personal y profesional.

Y con esta presentación del propio premio “Drago de Oro”, procede centrarnos en la persona del premiado.

Tras haberme excusado por lo que de subjetivo pudiera incurrir, entiendo perfectamente el veredicto de un jurado que no siendo precisamente ni homogéneo ni alineado en forma alguna con una opción ideológica o personal, ha concluido por unanimidad (y cito textualmente) *valorar su amplia trayectoria cultural y el talante democrático con el que ha sabido desempeñar el cargo de presidente del Ateneo. Su reconocida bonhomía, la dignidad que ha sabido imprimir al Ateneo y una permanente defensa de los intereses generales de Cádiz, desde la concordia, el consenso y la generosidad personal, con una buena gestión destacada mayoritariamente por los analistas.*

Bien, esto que parece algo muy sencillo y ligero cuando se resume en unas frases, es la obra de una vida que ha dejado 18 años de presidencia y casi cincuenta de pertenencia al Ateneo. Pero no es la antigüedad lo que hoy se premia aquí. Si fuese simplemente un mérito de acumulación de tiempo en pagar las cuotas y participar en una entidad, no sería el **XVII (décimoséptimo) Drago de Oro**. Para eso están otras distinciones que son internas del Ateneo (como la medalla de oro o designarlo “Presidente de honor”) Lo es por reunir las cualidades que lo hacen digno de ser premiado y homenajeado como un valor público de la ciudad de Cádiz. Y en eso es en lo que me permito reclamar su atención.

Ignacio Moreno Aparicio, gaditano de nacimiento y vocación, ha marcado una manera de andar por la vida y un talante que hace bueno a Shakespeare cuando decía que “El aspecto exterior pregona muchas veces la condición interior del hombre”. Cualquiera gaditano de bien que conozca a Ignacio por la calle, podrá identificarlo por tres elementos: su sombrero, su sosiego y su discreta manera de deambular. Respecto al sombrero, aparte de aprovechar la ocasión para pedir a los comercios del ramo que tengan alguna vez el detalle de corresponderle cuanto ha hecho por la defensa de dicha prenda en el territorio más hostil que conocieron estas prendas con el eterno viento, no es una forma de vestir, es una forma de ser. O como dicen nuestros hermanos hispanoamericanos, es una forma de “desempeñarse”. Me explico. Del mismo modo que el fumador de tabaco de pipa sigue un ritual, el uso del sombrero delata ciertas condiciones: elección entre varias opciones, persistencia ante la climatología adversa, atención para el uso correcto, paciencia para sostenerlo, flexibilidad para adaptarse a los diferentes momentos en que la cabeza está fría o alterada y la elegancia de no dejar a nadie sin el gesto de descubrirse como muestra de aprecio o de cortesía. Quizás piensen que me estoy recreando en la anécdota del uso del sombrero para categorizarla como las cualidades de D. Ignacio...y sí, estoy usando una prenda para describir las cualidades del premiado y que no dependen, obviamente, de su protección no-capilar. Si alguien puede reconocer a Ignacio Moreno es por sus cualidades cívicas externas e internas. Algo que la sociedad actual está minusvalorando hasta que llegue el momento en que se de cuenta que las formas son importantes y que reflejan también mucho de los principios de una persona. E Ignacio ya muestra exteriormente sus cualidades de tener criterio, persistencia, flexibilidad, elegancia y cortesía. No es poco deducir estas características solo por el aspecto. Shakespeare tenía razón.

Pero verdaderamente extraordinaria ha sido su trayectoria en cuanto a su sentido cívico y en el mundo de la cultura gaditana. Sin los tópicos más populares. Ignacio Moreno no es el espíritu de las tres “c” de Cádiz (Carnaval, Cofrade y Cádiz CF). Nuestro protagonista representa al espíritu del gaditano liberal de hace dos siglos y que tenía conciencia de la importancia de ser sujeto activo de los derechos y deberes del ciudadano así como elemento responsable de la mejora y progreso de la sociedad. Es Gaditano-ciudadano y no es gaditano de horizonte limitado.

No me voy a extender en los detalles de su *curricula vitae*, salvo para subrayar su formación teórica y su amplísima formación en la vida. Decía Cervantes: “el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”. Y Moreno Aparicio ha leído mucho, escuchado mucho, observado mucho y aprendido mucho de una vida con amplia variedad de experiencias pero siempre marcada por la brújula de la inquietud por un Cádiz más ajustado a su pasado y más acorde con sus potencialidades.

A la carrera universitaria de Historia, le siguen muy variadas experiencias en la secretaría del alcalde Carlos Díaz (Drago de Oro, por cierto), en su labor en Diputación, su incursión en el mundo de la pesca y su despacho profesional de agente de la propiedad inmobiliaria. Por tanto, lo que es el núcleo profesional de Ignacio Moreno, no solamente ha sido una forma de ganarse el justo salario de su esfuerzo, también ha sido una oportunidad para conocer la compleja naturaleza de las relaciones humanas en los ámbitos más diferentes de la vida y en una época nada sencilla. No olvidemos tampoco que nuestro premiado hoy, materializó su compromiso democrático en el grupo DRAGO y estuvo en el Ayuntamiento y la Diputación en los momentos más delicados de la Transición. Hoy, que a muchos les parece una fecha lejana, a nosotros nos parece que le debemos el respeto y homenaje a quienes aprendieron el lenguaje y las formas de la democracia. Algunos consiguieron aprenderlo, otros no. Y de esa época tenemos algunos de estos lodos. Ojalá todos hubieran aprendido lo que Ignacio Moreno supo asimilar de principios democráticos. Es indiscutible que D. Ignacio supo ver, oír y aprender, como decía Goethe: “Actuar es fácil, pensar es difícil; actuar según se piensa es aún más difícil”. Y no tengo dudas que el Drago de Oro que se entrega hoy se hace a una persona que es profundamente democrática y que siempre ha guiado su vida en la elección de las opciones adecuadas para el bien común. En una sociedad actual en que priman los “-ismos”, la radicalización y donde gana terreno el griterío al diálogo, son más necesarios que nunca estas personas del talante de Moreno Aparicio. Personas para las que el diálogo, el consenso y la paciencia para obtener compromisos aceptables es el único camino posible para la convivencia y el bienestar general. Y sin “buenismos” ni “falsas amabilidades vacías”. Porque decía Giner de los Ríos que “se nos enseñan muchas cosas menos a aprender a vivir”, pero Ignacio sabe conducirse con sus dudas y certezas pero con el buen criterio de quien es consciente del necesario ejercicio del diálogo como la llave maestra de los asuntos de la vida.

Es evidente que en la vida externa que todos conocemos de Ignacio, el Ateneo ha sido su santo y seña. Pero si algo llama poderosamente la atención y le añade otro mérito a la persona es que ha **SERVIDO AL ATENEO** -y lo digo con mayúsculas-. En un país donde el asociacionismo es un ejercicio de resistencia nerviosa dada la inmadurez democrática de nuestra sociedad, nuestro galardonado ha significado el proceso de Transición indolora en la entidad cultural más antigua de la ciudad. Recordemos que el Ateneo entró en la democracia con escaso número de miembros, una gestión personalista y cierta cerrazón a la sociedad. Esto no es una opinión, lo demuestran las hemerotecas y los archivos. Desde que ingresa como miembro del Ateneo, en 1975, hasta que va ocupando cargos de responsabilidad, se van desgranando propuestas, tareas y actividades que reflejan a un ciudadano sosegado pero entusiasmado con la historia de una entidad que distaba mucho de lo que debía ser y el lugar que debía ocupar en la sociedad gaditana. El ateneísta Ignacio

Moreno hará buena la máxima de Quevedo de “No es sabio el que sabe dónde está el tesoro, sino el que trabaja y lo saca”. Este es uno de los grandes hitos de Ignacio Moreno en el Ateneo de Cádiz: saber intuir que la institución podía llegar a mayores posibilidades en cuanto a número de miembros, actividades, prestigio y como escuela de civismo y convivencia. En demasiadas ocasiones damos por supuesto que lo que vemos es lo que siempre ha sido pero no es cierto. Y el Ateneo es una buena prueba de ello. De ser una entidad casi moribunda y nostálgica que solo podía presumir de personajes pretéritos como Ayllón, Moreno Espinosa, Ventín, de la Viesca, Cayetano del Toro, etc. ha llegado a ser apreciada por la sociedad con la medalla de oro de la ciudad, la medalla y placa de la provincia y ser calificada como entidad de utilidad pública por el Estado. Y esto ha sido con Ignacio en su puente de mando. No es casualidad.

Cuando vemos con naturalidad que la sede de la calle Ancha es punto de reunión y reflexión donde cualquier ciudadano con una idea razonable pueda expresarse libremente, es importante recordar que no todas las entidades son así de plurales ni defienden la libertad de expresión con semejante naturalidad. El Ateneo es -y subrayo “es” en presente de indicativo- un instrumento de divulgación de los principios democráticos y cívicos a través de su acción en el campo de la cultura (esto es, todas las ramas del conocimiento, artes y ciencias). No creo que nadie pueda dudar de su capacidad para dar sitio a todos los asuntos que ocupan y preocupan a los gaditanos. Y ese es precisamente el mayor éxito de Ignacio. En mi modesta opinión, y que no contradice a lo que el jurado ha valorado, el verdadero éxito personal de Ignacio Moreno Aparicio es el de haber sabido transmitir su humanismo y talante democrático a la sociedad a través de una entidad ejemplar. Quizás algunos puedan subir una ceja cuando he dicho “entidad ejemplar” pero lo reafirmo y confirmo. Entidad ejemplar en cuanto a democracia puesto que ha cedido su sede a todas las ideas políticas, creencias y manifestaciones culturales, artísticas o científicas con la única condición de ser razonadas pacíficamente y bajo el paraguas de la tolerancia. También es un éxito que debemos a tribuir al premiado que no exista un solo perfil de ateneísta salvo el de persona comprometida con la cultura y que sabe convivir con los de ideas diferentes en aras al bien común. Más allá del evidente valor del Ateneo como operador cultural, literario, científico o artístico, está un talante que acoge y desprende el valor de la convivencia, de los principios, del debate educado, de la reflexión y el inconformismo ante lo presente para no perder de vista las sanas aspiraciones de una sociedad que debe progresar. Por otra parte, tampoco olvidemos que el Ateneo ha sabido asumir la responsabilidad de su participación en eventos de gran repercusión para la ciudad y que siempre fueron acompañados de la reclamación implícita de “recordar para progresar”. Moreno Aparicio no ha dirigido una entidad autocomplaciente que participaba en los eventos desde la comodidad del “invitado para la foto”. Al contrario, ha predicado con el ejemplo de implicar a los ateneístas y

patrocinadores a volcarse en todo lo que significase recuperar nuestra historia pasad para aprender y relanzar nuestro presente como ciudad que tiene que ser protagonista de su propio futuro más allá de la indiferencia de las administraciones locales, autonómicas o nacionales. Con educación pero con argumentos para exigirnos un poco más, un poco más, un poco más. Fechas como las del 125 o el 150 aniversario del Ateneo, el bicentenario de Trafalgar, el Bicentenario de 1812, el IV Centenario de Cervantes, el Bicentenario del traslado de la Casa de Contratación y todas esas fechas que sazonan cada día de la trimilenaria ciudad. Todas estas participaciones no eran -no son- un decorado festivo (aunque también haya algo de eso) es la posibilidad de entender lecciones del pasado, enseñar a las nuevas generaciones que ningún éxito es posible sin esfuerzo y que el futuro hay que ganarlo con inteligencia, estudio, mucha fuerza de voluntad y algo que todos parecen olvidar: la suma del esfuerzo de todos. No hay posibilidad de éxito si se dividen las fuerzas. Otra lección que nos ha dejado el premiado hoy: su capacidad para unir elementos distantes. Como bien señala García Cortázar, el principio del fin llega cuando se acaban las personas que sirven de puentes de entendimientos. Ojalá el ejemplo de Ignacio haya creado una escuela que le suceda en la generación que hoy ocupa la directiva del Ateneo. Intuyo que sí puesto que han tenido a un maestro que les ha demostrado la eficacia de su método y la constancia en mantener vivas las señas de identidad gaditana.

En muchas ocasiones, se recopilan las memorias de actividades del Ateneo, sus revistas y notas de prensa y vemos, con perspectiva, que han sido dieciocho años presidenciales de frenética actividad, de presencia permanente en todas las circunstancias en que Cádiz debía significarse y de optimismo sosegado sin dejar de recordar o reclamar lo que a Cádiz le es debido. Pero siempre desde la medida, la educación y la flexibilidad para saber reclamar sin romper los puentes. No es fácil. Ignacio Moreno, presidente del Ateneo, no lo ha tenido fácil. Nuestro premiado ha sabido rehacerse una y otra vez ante cada nueva dificultad que se presentaba, ante cualquier cambio político que pudiese amenazar la independencia del Ateneo o ante la crisis económica que se llevó por delante a muchas entidades que contaban con mayores facilidades que la docta casa. No es casualidad. Como tampoco es casualidad ni cuestión de fortuna que una persona goce de la confianza de un grupo tan heterogéneo de socios como para renovar por unanimidad su liderazgo por cinco veces consecutivas. Y no es porque el Ateneo no cuente con gente brillante y capaz o sea un grupo acomodado a una rutina. Al contrario, recibir la unanimidad y el respaldo a la gestión en un periodo tras otro no es algo casual ni fácil de lograr. Para tener esa unanimidad hay que sumar tres elementos: capacidad, aptitud y actitud. No olvidemos que somos españoles -y como decía antes- no hay país más complicado para el asociacionismo que uno en que se discute todo y donde tres españoles que piden café, uno lo pide con leche, otro cortado y el último lo quiere solo doble y con sacarina. O dicho de

otra manera, ser capaz de atemperar las muy diferentes personalidades y expectativas de un grupo tan heterogéneo es toda una proeza de diplomacia, gestión y liderazgo.

Muchos méritos que se premian hoy a Ignacio Moreno Aparicio no le corresponden solamente a él como individuo. Decía Séneca que la obra termina bien cuando el principio está bien encarrilado. También le corresponde el mérito en cuanto a su criterio para haber sabido elegir y rodearse de personas que han compartido su andadura con la misma tolerancia, sosiego y humanidad. Me refiero a su propia familia, la que debería de recibir hoy las raíces de este Drago de Oro y la regadera para aquellos momentos en que la vida cultural de la ciudad ha secado al esposo, padre de familia y compañero. Si anteriormente resaltaba la cualidad de Ignacio de haber sabido servir al Ateneo, cabe resaltar que M.^a Ángeles ha sido la cómplice perfecta para esta aventura vital. Serían incontables los momentos robados a la familia, los quebraderos de cabeza que tantos silencios pudieron percibirse en casa sabiendo cuál era la procedencia, esas llamadas anunciando el fallecimiento de una ateneísta con su pena adherida, el constante ajeteo de las actividades de la entidad que acababan condicionando la vida familiar. Si hoy le concedemos el Drago de Oro a Ignacio, creo que es de justicia subrayar que su tierra y su aire son su esposa María Ángeles y sus hijos Jaime e Ignacio (a los que se han sumado Valeria y Katrin). Aunque yo no pueda arrogarme la representación más que de mí mismo, es de justicia decir GRACIAS por vuestra generosidad y comprensión a toda la familia Moreno Franco.

Sin embargo, el ciudadano Ignacio Moreno Aparicio existe también más allá del Ateneo. No se vayan a equivocar. Porque decía Jovellanos que “Amigo mío, la naturaleza ha dado a cada hombre un estilo, como una fisonomía y un carácter. El hombre puede cultivarla, pulirla, mejorarla, pero cambiarla, no.”. Él ha sabido no personificar la entidad hasta el punto de fagocitarla. Otro raro mérito que no es común en nuestro país. Que en España alguien se aparte y ceda su lugar a otros cuando está convencido que su programa ya está cumplido es casi milagroso. Tratemos de ponernos en situación: más de cuarenta años dedicados a una entidad, aguantar todas las tormentas, salir indemne sin un solo escándalo o incidente grave, no tener enemistades manifiestas ni aspirantes a derrocarlo en unas elecciones y decir “dimito, ya le toca a otro seguir adelante, ha llegado mi hora” es algo inaudito. Debo insistir y subrayar esto en un país en que no hay forma que nadie suelte un sillón si no es por enfermedad, imperativo legal o sin una convulsión interna, es una actitud democráticamente ejemplar. Una nueva lección a la sociedad gaditana. Ignacio Moreno, ha sabido aplicar lo que Kipling apuntaba inteligentemente: “La victoria y el fracaso son dos impostores, y hay que recibirlos con idéntica serenidad y con saludable punto de desdén”. Si Ignacio es sosegado en la reacción, no es así en la emoción. Reservado, sí. Discreto, sí. Prudente, sí.

Pero en su intimidad debe ser consciente que ha logrado el éxito nuevamente al dimitir en un momento vital muy interesante en que puede dedicar más tiempo a su familia (que va creciendo por la siguiente generación) y con otras actividades que también le reclaman mayor atención como es la Asociación Española Contra el Cáncer. Saber reconocer que uno ha “cumplido su programa” con naturalidad y sencillez es algo que solo está al alcance de unas pocas mentes muy lúcidas. Y también es un gesto de generosidad saber ceder el protagonismo a otros para que continúen la tarea. Porque decía Blas Infante que “La naturaleza señala a los soldados de la vida el lugar donde han de luchar por ella”. Ignacio no ha cambiado de lugar, ha ampliado los lugares donde seguir luchando, lo cual es un distintivo de actividad creativa que no cesa. Porque decía Quevedo que “hay libros cortos que para entenderlos como se merecen, se necesita una vida larga”. Y Cádiz es una palabra corta que necesita una vida larga para todo lo que da de sí.

Y es una realidad que Ignacio Moreno ha desempeñado una labor pedagógica continuada a lo largo de su trayectoria. Cuando uno se detiene a leer algunos de sus discursos o conferencias, siempre se trasluce la preocupación por la unidad de España, la necesidad de la construcción europea, el progreso de los valores constitucionales, su lealtad a los poderes públicos, su disponibilidad a servir a la sociedad y su permanente defensa de las posibilidades de Cádiz como un área metropolitana de gran proyección. Decía Ignacio de Loyola “Alcanzada la excelencia, compártela”. Y a este ciudadano, que al llegar al sofá de su casa, contempla con justificado orgullo en su librería la colección de revistas anuales del ateneo que le recuerdan que todo no acaba ahí y que hay muchas cosas por hacer para que esta ciudad no se resigne a ser siempre la tierra de la precariedad y del victimismo. Si algo se puede destacar del gaditano Ignacio Moreno es que nunca dice que no a cualquier propuesta que pueda significar dignidad, mejora y progreso de esta ciudad. Si su gestión en el Ateneo ha sido sobresaliente y sus actividades se pueden contar por miles, su implicación en otros aspectos de Cádiz es igualmente extensa. Dada su juventud madura y acrisolada, sabemos que gozaremos de su implicación y apoyo permanente para que los proyectos de la ciudad no caigan en saco roto. Deja su legado en lo conseguido y en los proyectos que deben concluir otros: la cátedra UCA-ATENEO, la declaración de Patrimonio de la Humanidad, la Casa-Museo de Falla, la proyección internacional de la ciudad y, sobre todo, la permanente reclamación para que Cádiz abandone el victimismo para ser un atractivo cultural marítimo y económico. Estoy seguro que el día de hoy quedará en la memoria de Ignacio y de nosotros pero con la conciencia que “El pasado es un prólogo” (no lo digo yo, lo decía Shakespeare). Nos queda mucho que recibir del Drago de Oro de este año puesto que en él se cumple que “nada de lo que ocurra a los hombres nos debe resultar ajeno” y seguirá en su proceso reflexivo constante para aportar nuevas perspectivas y alternativas para seguir construyendo una sociedad en que todos los *ciudadanos sean benéficos* y

felices tal y como nos planteaba la querida Constitución de 1812. Pero siempre desde la certeza cervantina que subrayaba que “Me moriré de viejo y no acabaré de comprender al animal bípedo que llaman hombre, cada individuo es una variedad de su especie”. Y hay individuos como Ignacio Moreno Aparicio que es una especie única que marca un perfil del buen ciudadano dotado de las mejores esencias gaditanas. No solo las “esencias del bautizo típico gaditano”, que promovió y perdura, sino con las esencias del que vive escuchando la voz, los sueños y esperanzas del horizonte de Cádiz desde su atalaya de la Alameda Apodaca.

Debemos concluir porque hago caso a Voltaire que intuyó que “El secreto de aburrir a la gente consiste en decirlo todo”. Y te queda, querido Ignacio, mucho por hacer y decir. No es mi deseo privarnos de escuchar ya al galardonado.

ENHORABUENA, IGNACIO, POR TU MERECIDÍSIMO DRAGO DE ORO
y MUCHAS GRACIAS A TODOS.

En Cádiz, a 9 de noviembre de 2018, e.·v.·.

Fdo. Ángel Guisado Cuéllar